



Padre HERMES GRASSO

Estimados Hermanos:

‘Hace tres días recibí su mensaje mapuche, el que me permitió descubrir tantas cosas de nuestros hermanos lejanos: problemas de tierra, persistentes injusticias, oraciones y encuentros, usos y costumbres . . .’ La lectura de esa única hoja despertó en mí una cantidad de inquietudes, unos deseos enormes de conocer a fondo esta gente, por lo visto diferente, de la que nosotros hemos tenido la oportunidad de tratar y evangelizar en todos estos años de misión en pueblitos y aldeas del Sur.

Podremos recomenzar este ciclo inolvidable.

No estoy segura. La pérdida del P. Hermes se hace sentir con más fuerza cada día: él era el puntal, nuestro guía, nuestro Maestro . . .

Ahora la parroquia de Trevelin está vacía. Nos falta la voz amiga, vibrante, segura, de quien fue nuestro incomparable conductor.

(Carta de la Sra. Nilda de Magliotto 6-10-87)

Sentimientos parecidos los expresa un niño de 12 años de la Parroquia de Trevelin:

“El pueblo se viste de luto, de llanto.
¿Por qué te marchaste si te queríamos tanto?”

La gente en la calle parece más triste
Todo está distinto, desde que te fuiste.
La iglesia parece que está también triste,
porque nadie canta desde que te fuiste.
¿Dónde encontraremos la palabra amiga
o aquella sonrisa, tu música hermosa,
en todas las misas?
La Iglesia está triste, sus puertas cerradas
¿Donde encontraremos aquél que la habitaba,
que en los días Domingos en la misa tocaba?"

"Supiste ganarte un lugar en el corazón de todos —decía una de sus feligresas en el sepelio— Te recordamos con tu sonrisa dulce, tu mirada clara y serena; tu mano siempre extendida; tu ponchito marrón hecho a telar ... ¡si, hasta gaucho fuiste, gringo bueno y generoso!

Me parece que la explicación de tanta simpatía y conmoción suscitada en el corazón de la gente la podemos encontrar en una de las primeras expresiones anotadas en el Diario Patagónico del P. Hermes Grasso:

"La imagen del Sembrador me parece hoy la comparación más verdadera para mi trabajo: caminar y sembrar. El campo es el hombre con su libertad, la vida que hace florecer la plantita de trigo en el corazón del hombre, es la tuya, Señor. Ayúdame a tener un corazón bueno, sencillo y transparente que no sea de obstáculo a tu trabajo".

EL PADRE HERMES GRASSO

Había nacido en Giaveno (Turín) el 24 de setiembre de 1922

Su madre, Giuseppa Bertinetto, era una mujer de gran fe, de oración y con una extraordinaria capacidad de sacrificio.

Su padre, Doménico Grasso, era maquinista de tren y típico hombre del Piamonte: profundamente honesto y trabajador, amante de la naturaleza y de la caza, interesado por el movimiento obrero sin ocultar sus simpatías socialistas.

Estos valores encarnaron en Hermes sobre todo por el contacto muy hondo que tuvo siempre con su padre al que acompañaba desde sus tiernos años en la cacería y que le permitía saborear el silencio del campo y la armonía de la naturaleza encantadora, junto con la habilidad y los conocimientos de su papá. Se creó entre los dos una comunión tan honda que dejó rastros indelebles en la personalidad de su hijo.

A los 17 años el joven Hermes, completados los estudios primarios y medios en Giaveno, es aspirante en Penango. En 1940 pasa a Villa Moglia para el noviciado y después a Roma —San Calixto— para la filosofía y los estudios terciarios de liceo.

En 1946, en Bagnolo, Piamonte, al terminar el primer año de Teología, se cossagra totalmente al Señor con la profesión perpetua.

Completa sus estudios teológicos en el Estudiantado Internacional de Turín —Crocetta— donde recibe la ordenación sacerdotal por parte del Card. Mauricio Fossati el 3 de julio de 1949.

El 10 de julio celebra su primera misa en Giaveno, su pueblo natal. En el transcurso del almuerzo, donde pudo tomar sólo agua con hielo y limón, tiene que retirarse por la fiebre altísima que lo hacía temblar causada por la grave enfermedad pulmonar que lo marcará toda la vida. Al día siguiente será trasladado a Piossasco, al sanatorio salesiano donde pasará los primeros cinco años de su sacerdocio.

Una profunda crisis invade su alma: se han esfumado las ilusiones de un apostolado juvenil soñado desde los años de su formación; la soledad siempre amenazadora y mala consejera; la enfermedad que se preanunciaba larguísima y con consecuencias para toda su vida; el tipo de vida propia del enfermo de tisis que se vuelve difícil y aburrida; las noches sin descanso y los días llenos de sufrimiento eran como espadas que parecían cortar todos los caminos.

Pero no fue así: lo que aprendió en su casa, las oraciones de su mamá, la compañía silenciosa de su papá, la ascesis típica de su formación salesiana hecha de superación, de sacrificio, de renuncia y de positiva aceptación de la voluntad de Dios, hicieron renacer en su espíritu la fuerza de sobrevivir. Esto le permitió la aceptación consciente de su situación y el ansia de superarla con una actividad que lo caracterizará en su apostolado: la música.

Tomó la decisión de inscribirse en el conservatorio de música, Giuseppe Verdi, de Parma. Por nueve años seguidos rindió todos los exámenes y se diplomará en Órgano y Composición con las felicitaciones de sus Maestros; dos años después se graduó en Canto Coral en la Academia Santa Cecilia de Roma.

Desde 1955 al 1964 vuelve a la docencia. Le parece renacer. Serán los años de los grandes entusiasmos, de la grabación de discos, de su pasión por los jóvenes y de sus profundas amistades con sus hermanos salesianos. En las casas de penango y de Ivrea, aspirantados misioneros en aquel entonces, brindará las primicias de su celo sacerdotal ya fecundado por los cinco años de enfermedad y de aislamiento.

Entre el 64 al 68 será maestro de música del Pontificio Ateneo Salesiano en Roma. De julio a noviembre de 1966 hará una experiencia misionera en Ecuador con la Operación Mato Grosso, movimiento misionero que vio la luz en Arese, donde el P. Hermes conoció a los jóvenes del Centro Santo Domingo Savio.

La experiencia del Ecuador y el contacto con "i ragazzi di Arese" imprimieron desde 1968 un nuevo rumbo a su vida... Arese no era un ambiente fácil. Era el Reformatorio César Beccaría que el Card. Montini en los años cincuenta había confiado a los salesianos como desafío a la validez y actualidad del Sistema Preventivo de Don Bosco.

Arese exigía mucho. Había que dar siempre y en forma renovada; había que saber recibir y subrayar los valores positivos, aún los más pequeños e insignificantes; había que saber acompañar iluminando siempre el corazón con una gran esperanza; había que creer y amar y demostrar con modalidades concretas la fe y el amor. Esto, no raras veces ponía en tela de juicio la formación de los salesianos y los obligaba a recrear todo para presentar lo divino tan encarnado que le interesara al muchacho de la calle y de la prostitución; al muchacho que había delinquido o era reincidente, y que mordiera la realidad de su vida, de su

submundo, de sus carencias y de sus agudas necesidades espirituales y materiales y llegara a su corazón presentándole como posible y real el cambio de su vida.

En este ambiente emergieron los valores de la personalidad del P. Hermes. Jugaba con los jóvenes en todos los recreos. Se interesaba, con altura y ascendiente indiscutido, en todo tipo de música que, en aquel entonces, con el surgir de los conjuntos musicales, embriagaba a la juventud con sus nuevos ritmos y valores. Los acompañaba en las grandes caminatas por las montañas y las campiñas; los llevaba en bicicleta a mirar los partidos del Milán o del Inter; organizaba la banda y la orquesta; los hacía cantar con un torrente de voz tan impetuosa como los sentimientos de su alma: es decir, se interesaba de todo lo que le gustaba a esa muchachada difícil y temperamental. Por eso, era lógico que los jóvenes lo amaran, dialogaran con él, descubriendo en el P. Hermes el amigo, el hermano y el padre que nunca habían tenido.

Los diez años de Arese, en contacto con la humanidad doliente de aquella juventud, y los cinco años de su enfermedad fueron, la gran escuela de vida que modelaron al Padre Hermes para su última etapa: las MISIONES.

Parecía que el Supremo Hacedor se deleitara, cual hábil alfarero, en modelar su obra de arte, reservándola para la etapa final.

Conociendo la posibilidad de misionar, a través de una carta del Padre Demetrio Zucchetti, sintió reflorar su vocación misionera, ya que años antes había solicitado de los superiores el ir a Alaska a evangelizar entre los esquimales; dicha solicitud fue dejada de lado por su precaria salud.

Fue así como la Providencia le abría los horizontes inmensos de la Tierra soñada por Don Bosco, la Patagonia. Y el 23 de septiembre de 1977 llegaba a Trelew, Chubut, para emprender la gran aventura de su vida; la de un hombre que a los 55 años, sintiéndose enamorado de ella, lo dejaba todo para entregar sus últimos años a la gente más pobre y humilde.

El 24 de septiembre, día de su cumpleaños, tomaba posesión de su misión, visitando Gan-Gan, pueblito ubicado a 320 Km. al N.O. de Trelew, con motivo del aniversario del pueblo.

El avión, a pocos minutos de vuelo, tuvo que aventurarse en un aterrizaje forzoso. Se quemó totalmente, salvándose el P. Hermes con toda la tripulación en la que se encontraba el P. Lucio Sabati, director y párroco de la Casa Salesiana de Trelew.

Los primeros meses los dedicó a conocer a la gente y recién en el mes de enero inició su actividad misionera implorando al Señor de esta manera: "Haz que nuestros corazones sean dóciles a tu llamado; nuestra palabra sea sencilla y eficaz. Prepara con tu gracia los corazones de los que encontraremos en nuestro camino y conforta con tu presencia nuestra soledad".

Desde ese momento la preocupación del Buen Pastor, que "conoce a cada una de sus ovejas y las llama por su nombre"; la del Sembrador, que no se cansa de esparcir las semillas por las calles, entre piedras,

espinas y en terreno fértil; y la de Aquél, que “al ver a la muchedumbre sintió compasión de ella porque estaban fatigados y abatidos como ovejas que no tienen pastor”, fueron el ideal de su vida.

Escribirá en su Diario: “Necesito de Tí, mi Buen Pastor. No quiero estar sólo para no ser infeliz. Tengo hambre de Ti, mi Dios y mi Señor”. “Acompáñame en mi peregrinar; indícame el camino a recorrer alientame en mi sufrimiento y tómate de la mano para que sienta las vibraciones de tu corazón. Sacia mi sed ardiente, Dios mío, mi Todo”.

Es evidente que este tipo de vida no se improvisa sino que crece con el hombre que madura en novedad de vida; que, por cuanto frágil en su humanidad, resurge constantemente en Aquel que todo lo puede y que nunca se detiene porque sigue la huella del que “ha pronunciado su nombre” con un cariño único llamándolo a ser continuador de su misión.

Todos tenemos los límites propios de nuestro carácter, de nuestra educación. Nadie está exento de error... Sin embargo, el Sembrador nos llama a colaborar con El en la siembra eterna de su misterio de amor. El Buen Pastor se reviste de nosotros, nos contempla como ovejas sin pastor y nos invita a ponernos constantemente a su disposición para que su amor salvador llegue a todos los hombres...

Estas convicciones, que fluyen de sus escritos personales, de sus charlas radiales y de su vida, llevaron al P. Hermes a compartir con su gente a acompañarla y a interesarse de los problemas de cada persona y de cada comunidad. “Tienen hambre de amor, por eso hay que compartir su vida”. “Me consideran uno de ellos y para mí es muy importante”.

Trabajando con este estilo el P. Hermes formó grupos misioneros, edificó capillas, acompañó con su acordeón las fiestas camperas, renovó en las escuelas la alegría de los chicos y se puso al servicio de todos con autenticidad, sin ocultar los posibles límites de su temperamento.

Se presentaba con su transparente personalidad, dejando que el Señor, que de veras colmaba su alma, obrara en todo momento...

Un día, celebrando las fiestas patronales en las Plumas, tuvo un ataque de fiebre altísima. Los médicos diagnosticaron la enfermedad que en pocos años le permitiría ofrecerse en oblación total al Señor, al que tanto amaba y por el que había trabajado toda su vida.

Fue a Italia en búsqueda de una posible solución a su enfermedad, que no se encontró. A su regreso pasó a Esquel y se ocupó de Trevelin y alrededores...

La caridad pastoral que ardía en su corazón lo llevó hasta el límite de sus fuerzas. Escribe el P. Antonio Sánchez, director de Esquel: “En el mes de setiembre de 1986, muy deteriorada su salud, se puso a disposición de los médicos de la Séptima Cátedra de Medicina de la Universidad de Buenos Aires. Una válvula by passe fue experimentada en él con parcial éxito”. Desde el Hospital San Martín así escribía:

“A pesar de las atenciones médicas siento que Dios me está llamando para ofrecirme su bondad en su casa, en su rancho. Quiero vivir como

el león de la sierra, en la libertad de la cordillera que tanto he amado junto con su gente... ¡Ya basta! ¡Vuelve a casa!". Siempre fui impulsado, por una ley tremenda: vivir corriendo porque el tiempo es poco, las necesidades muchas. Eso sí, he amado a la gente desamparada para poder ofrecerle un pedazo de horizonte luminoso: SU DIGNIDAD DE HOMBRE Y DE HIJOS DE DIOS.

Por eso he luchado, he sufrido y para que no fuese todo estéril, Dios me pidió el sacrificio de mi vida, para poder decir: He amado como Cristo nos amó"...

Fue este su testamento espiritual.

La comunidad Salesiana de la Procura y los Estudiantes de Teología; y en especial el Padre Ernesto Saini y la Sra. Nilda de Magliotto lo acompañaron diariamente en su último peregrinar.

Los médicos y profesores del Hospital San Martín lo trataron como a un hermano; pero fueron inútiles todas las tentativas de la ciencia.

Clavado en su lecho de dolor, transformado en altar, se ofreció totalmente al Padre por su gente.

El 28 de mayo, de madrugada, se encontraba definitivamente con el Señor que lo había llamado y fascinado desde su juventud.

El día siguiente fueron transportados sus restos a la ciudad de Esquel donde fueron recibidos por amigos y feligreses; Mons. Pedro Ronchino, Vicario de la Diócesis del Comodoro, quien presidió la misa de exequias resaltó sus dotes de sacerdote y misionero. Por la noche la comunidad de Trevelin veló su cuerpo en la capilla por él artísticamente decorada: fue un desfile de amigos y simpatizantes sobre todo jóvenes pertenecientes a todos los credos religiosos. El sábado 30 de mayo, el Inspector salesiano, P. Benjamín Stochetti, presidió la celebración de despedida y acompañó el féretro hasta Lago Rosario, la aldea aborígen que él mismo eligió para su sepultura. El Consejo de Ancianos le acordó el alto honor de ser el primer Huinca (blanco) sepultado entre los nativos de esta tierra cordillerana.

En la Escuela de la Aldea aborígen se ofició una última misa con el P. Inspector y toda la comunidad salesiana de Esquel. Las ancianas cantaron "taiels" al recibir los Restos del P. Hermes. Los chicos corearon los cantos enseñados por el misionero, cultor incansable de la música. Terminada la concelebración sus restos fueron trasladados al antiguo cementerio mapuche. Allí se había preparado una sepultura, recubiertas sus paredes con piedras bochas como los antiguos chenques.

Después de la bendición religiosa, los habitantes de la aldea realizaron los ritos propios de la sepultura mapuche como los usados en la de un cacique de importancia. Los ancianos rezaron en fluido idioma mapuche, depositaron un poncho de lana sobre el ataúd; la más anciana agitó un ramito verde de maitén cantando taiéls coreada por las otras ancianas mientras el cacique arrojaba el primer puñado de tierra.

Al resonar el grito: "PAUKAIL PATIRU HUINCA, wuenu mapu, wuenu huenu", las ancianas rogaron a Futa Chao que Antú traspasara la tierra húmeda y las piedras del chenque para calentar el cuerpo del

buen amigo y patiru (padre) e iluminara sus ojos para discernir la Carpa hospitalaria del Padre Grande y su verde mallín con agua abundante.

Cuando blancos y mapuches, hermanados en el dolor, despedían sus restos se escuchaban estas palabras: "Este invierno, cuando un manto de nieve cubra tu tumba, tu alma cantará de gozo y el viento silbará lamentos de loncomeo y alguna pifilca mapuche te dará su homenaje postrer haciendo eco en los cerros, aquí en tu queridó paisaje indígena de Lago Rosario"...

Quiero concluir estos breves rasgos de la vida y de la obra del P. Hermes con dos expresiones de su Diario:

"La confianza es la última etapa de un trabajo de paciencia. Cuando te encuentras con una persona, tienes que ser todo para ella. Yo creo que el amor de Dios es así: es todo para con cada uno de nosotros".

"Es sábado: ¡ Virgen del camino de mi vida, acompáñame! Estoy desamparado. Tóname de la mano, levántame entre tus brazos como al niño más querido".

Hermanos, nos queda el deber de agradecerle a Dios y a la familia Grasso por el don del P. Hermes a la Iglesia y a las misiones salesianas de la Patagonia y la obligación de implorar constantemente al Dueño de la siembra para que siga enviando trabajadores para lá cose-

P. Lucio Sabati, misionero salesiano, Junín de los Andes
P. Antonio Sánchez y Comunidad Salesiana, Esquel

DATOS PARA EL NECROLOGIO:

Sac. Hermes Grasso murió en Buenos Aires el 28-5-87 a 65 años de edad; 46 de profesión y 38 de sacerdocio.

